

Francisco Delgado Santos

CUENTOS DE VARIOS COLORES



Cuentos de varios colores

© Francisco Delgado Santos, 2019

© Eskeletra Editorial, Quito, 2019

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Ilustración: Francisco Morales (ÑAWPA)

Taller: Mariana Cesén

Eskeletra Editorial

12 de Octubre y Roca (esq.) 1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

ISBN: 978-9978-16-302-3

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, fotoóptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

EL REGRESO

Para Leonor

*Donde la vista se pierde
de tanto mirar al mar,
donde hay jolgorio y cantar
¡ahí estás tú, Río Verde!*

*Donde mi padre encontró
una flor que se entreaabría
y la cortó cierto día
para que naciera yo...*

¡Hoy te canto, Río Verde!

Tan pronto como se escuchan los libera-
dores tañidos de la campana, las voces de los
niños estallan en una algarabía imposible de
controlar por parte del viejo maestro. Otilino,
un negro de tez hermosa, pero de rostro ya
agrietado por los años, toma aire para exclamar
a voz en cuello:

—¡No se olviden de traerme pa' mañana
todah lah multiplicacione! ¡Y salgan dehpacio
y quedito, sin armar tanto alboroto! ¡Ajo!

Los niños corren a lo largo de la orilla del
río, que en ese momento reverbera de verdor,
como justificando el nombre que los habitantes
han dado a la población. Walter lleva su mochila
al hombro y, más que caminar, salta, se desliza,

piruetea, con una sonrisa contagiosa que deja ver la perfecta blancura de sus dientes e ilumina el rostro de sus compañeros. Al llegar a la avenida principal mira pasar a su papá, conduciendo la tricimoto llena de tanques de gas. El hijo de la señora que vende maduro con queso le reconoce y le conmina:

—Apúrese, panita, que ya llegó la chiva con loh gringo...

Los escolares que pasan a su lado hablan a gritos, hacen bromas, ríen, cantan, silban mientras sus estómagos rugen del hambre y la boca se les hace agua al pensar en el almuerzo. El calor y la humedad les deja la ropa pegajosamente adherida al cuerpo. La temperatura ha vuelto a subir a más de treinta grados.

Walter divisa por fin la cabaña de la señora Jacinta y aligera el paso. Al llegar esconde su mochila bajo una jaba de cerveza y se sienta en el lugar de siempre. La dueña del salón le

sonríe, le acaricia las mejillas y le sirve una sopa de bolas de verde.

—Siga, m'ijo, que hoy la comida me quedó con sabor a fiesta... Y no se me demore, que hay unos blanquitos que quieren escuchar sus historias. Ya le paso su arroz con pescado frito, que hoy su papá me trajo un dorado grandisísimo.

El niño come en silencio, mientras su pensamiento está lejos, muy lejos de ahí... Hay una imagen que le persigue siempre: la de Eleuterio Rizo, su padre, llorando a lágrima viva y trastornándose una botella de aguardiente el día en que ella se marchó. Él solo tenía 5 años y se sintió solo, huérfano, desgraciado.

—Gracias mamá Jacinta —dice Walter—. Voy a buscar a los blanquitos.

Y se lanza calle abajo, hacia la plaza central, donde ya lo está esperando un grupo de turistas para conocer la historia de Río Verde. Todo

empezó hace dos años, recuerda, cuando su tío Hermógenes llegó de Colombia a visitarlos y le contó acerca de los niños de Guatavita, que se ganaban la vida relatando a los visitantes el origen del pueblo. “Ganan un jurgo’e pesos”, dijo con un resplandor en los ojos y un acento en la voz que terminaron por convencer a su sobrino. Él haría lo mismo: investigaría los orígenes del cantón y empezaría a ofrecer sus servicios a cuanto extraño llegara al pueblo. No fue fácil. Hasta que dio con don Hipólito, el hombre más sabio de los alrededores, de quien decían que “se comía los libros” al leerlos y que “los vomitaba”, al escribir otros diferentes. Don Hipólito era tan famoso que incluso lo buscaban los blanquitos que venían de la capital para investigar la vida de los que ellos llamaban “afroecuatorianos”. Él le contó a Walter muchas historias y le enseñó letras de coplas y canciones que el niño memorizó con habilidad sorprendente:

*Me dicen el niño negro
porque ardo como carbón
y al ver tu cara me alegro
y se enciende el corazón...*

*Soy gente de calidá:
conmigo usted nada pierde
y la he venido a encontrá
en la playa' e Río Verde...*

—¡Qué pasou! —exclama una rubia del grupo, con impaciencia. ¡Esperábamous más anterior! ¡Estar mucho tarde, amigo!

Walter se disculpa, hace una venia y empieza a hablar despacio, clara y sonoramente, como masticando las palabras. Les da la bienvenida y les cuenta que han llegado a un pequeño paraíso escondido entre playas y montañas, y atravesado por ríos de ancho cauce; a una tierra que dio hombres que lucharon por la libertad de la Patria y que después de los combates tuvieron tiempo para escribir coplas, arrullos y chigualos; construir y tocar instrumentos como

la marimba, el cununo y el guasá, y bailar con una elasticidad increíble, ritmos tan especiales como el patacoré, la pangorita, la caderona, el andarele o el torbellino. Les habla de la riqueza de la zona, del banano que puebla de verde las plantaciones, de las finas maderas de exportación que produce la tierra, del ganado vacuno que abastece de carne y leche a toda la región; de la variedad, cantidad, tamaño y sabor de sus afamados mariscos, con los que se prepara el cebiche de concha, el encocado de camarón, el chupé de corvina, el caldo de bagre, el tapao, los patacones y los bolones de plátano verde... Pero les confiesa que lo mejor de todo está en su gente: hombres laboriosos y mujeres esforzadas y bellas. Mujeres que... Y al pronunciar estas últimas palabras su voz se paraliza, se refriega los ojos para cerciorarse de que ve lo que ve; que no es un fantasma o una aparición salida de las leyendas que les cuenta a los gringos, sino que se trata de ella misma. De entre los curiosos que se han acercado al grupo de turistas para escuchar lo que les dice

el niño, ve emerger la figura de ébano de una mujer joven y bonita, ataviada con un vestido floreado de muchos colores que realzan aún más su belleza. Cuando ella deposita en el suelo la maleta de madera que lleva en una de sus manos y se quita las gafas oscuras que esconden el río verde de sus ojos, ya no le cabe la menor duda: es ella, ¡ella que ha regresado! Y ambos se abren paso entre la gente para ir el uno en pos del otro y confundirse en un abrazo infinito que los ha estado esperando durante muchos años.



**LA EXTRAORDINARIA
HISTORIA DE UNA HISTORIA**

A Mauro, Nancy, Carmen y Genoveva

—Buenos días niños y niñas —saluda la maestra al grupo escolar—. En esta mañana tenemos el privilegio de contar con la presencia del escritor Santiago Francos Deldoc. Recibámoslo con todo el cariño que sentimos por él, y dispongámonos a escucharlo...

—¡Hola niños! —dice el invitado. Y pasea su mirada sonriente por el curso.

—¡Buenos días señor! —contestan a coro los chicos.

—Quiero empezar recordando una frase que solía decir el Gabo...

—¿Quién es el Gabo? —pregunta una niña de trenzas

—Uno de mis escritores favoritos. Él solía decir que la realidad supera con creces a la ficción. Y estaba en lo cierto...

—Ah... ¿Y qué significa eso que decía el tal Gabo? —se anima a preguntar un pelirrojo de lentes.

—Que lo que sucede en la vida real es, a veces, mucho más asombroso de lo que lo que narran las historias inventadas por los escritores.

—¿Y por qué dice que estaba en lo cierto? —insiste el pelirrojo.

—Bueno... Lo entenderán mejor si empiezo por contarles una historia...

—¡Sí! —gritan a coro los niños, y el escritor toma un sorbo de agua antes de empezar su relato.

—“Fue hace muchos años, cuando yo era todavía un jovencito recién ingresado a la universidad. Entré a un supermercado a

comprar unos víveres y conocí ahí a un señor argentino que tenía dificultad en localizar algunos productos que necesitaba”.

—“Es que en mi país las cosas tienen otros nombres —se justificó—. Imagínate que la semana pasada entré a una papelería y pedí un birome; pero nadie sabía de lo que estaba hablando. Cuando lo señalé en la vitrina, me dijeron: ‘¡Ah!, usted quiere un esferográfico!’ Ayer pedí una remera en un almacén y la empleada se quedó en la luna de Valencia. Ahora sé que debo decir ‘camiseta’”.

—“No se preocupe —le dije—. Me llamo Santiago Francos y estoy a sus órdenes. Puede contar conmigo para lo que sea”.

—“Yo soy Daniel Martínez, de la ciudad de Córdoba —contestó él, con un cantadito especial, que más tarde identificaría como propio de esa región”.

Y me tendió su mano en señal de amistad. Antes de que nos despidiéramos intercambiamos abrazos, direcciones y números telefónicos.

También acepté una invitación suya para ir a cenar el sábado siguiente, en su casa. Daniel era sargento de la Fuerza Aérea de su país y había llegado hace como un mes a Quito, en calidad de Ayudante del Agregado Militar de la Embajada Argentina en Ecuador. Me dijo que había venido con Elena, su esposa, y Danielito, su hijo de seis años.

Cuando llegó el sábado me presenté puntualmente en el domicilio de la familia Martínez, llevando (por recomendación de mi mamá) unas flores para la esposa de mi amigo y una pelota para su hijo. Salieron a recibirme Daniel y Elena y me agradecieron por las flores, pero al mirar la pelota cruzaron entre sí una mirada cuyo significado que no acerté a comprender en ese momento, pero que se me reveló casi de inmediato al ver a un niño sentado en una silla de ruedas, que me saludó sonriente:

—Hola Santiago. Yo soy Dany...

Guardé la pelota en la mochila en la que solía llevar mis libros y le di un abrazo a ese niño

que se metió en mi alma desde ese momento. Creo que hubo una conexión inmediata entre ambos y esa misma noche nos hicimos amigos.

Mis visitas a la casa de los Martínez se hicieron frecuentes. Llevaba cuentos y poemas infantiles y se los leía a Danielito. Al niño le encantaban “La mesa, el asno y el bastón”; “Historia de una madre”, “El Príncipe Feliz”, “El gato Manchado y la golondrina Sinhá”, “Los motivos del lobo”, “¡Ay señora mi vecina!” y “Cultivo una rosa blanca”. Me pedía que se los leyera una y otra vez.

Poco tiempo después de conocer a la familia Martínez, el Diario El Mercurio de la ciudad de Cuenca convocó a un concurso nacional de cuento para niños. Yo escribía ya, muchos años antes, e incluso había publicado mi primer libro de poemas. También había ganado un concurso nacional de relato convocado por la Fiesta de las Flores y las Frutas, en Ambato. Pero nunca había escrito nada para niños. Entonces me dije a mí mismo: ‘¿Por qué no intentarlo?’ Y decidí escribir un cuento cuyo

protagonista sería el pequeño Daniel. En la historia que escribí, el personaje principal es un niño que nace con una enfermedad que le impide mover sus piernas, por lo que debe movilizarse en una silla de ruedas. Observa diariamente cómo los demás pequeños de su edad salen al parque a jugar, correr y brincar. Y le pide a Dios que algún día le permita hacer lo mismo. La única diversión posible para él consiste en tomar unos binoculares que le ha regalado su padre y esperar la noche para contemplar las estrellas. ‘Son tan hermosas, pero tan diminutas y fugaces’ —pensaba—. Ojalá pudiera contemplarlas de más cerca’. Cierta vez en que el niño se encuentra observándolas, tiene la sensación de que las estrellas se empiezan a agrandar y vienen hacia él. ‘Esto es como un sueño’ —se dice a sí mismo, retirando de sus ojos los binoculares—. Y ellas contestan al mismo tiempo: ‘Rataplín, Rataplín, Rataplero/es un sueño verdadero’. Entonces las estrellas se meten a su cuarto y le proponen llevarlo a jugar en la noche iluminada por los astros. Le aseguran que los juegos de los que va a disfrutar son increíblemente superiores a

los que existen en la Tierra. Y levantándolo en vilo en su silla de ruedas, inician la fantástica aventura. Pero a poco de estar viviendo una realidad maravillosa, Daniel pide a las estrellas que lo lleven de vuelta a casa, porque ha recordado que no avisó a su madre que salía, y piensa que la pobre debe estar desesperada. Sin argumentos para poder convencerlo, ellas le dejan en su habitación, no sin antes advertirle que cuando su madre entre a verlo, corra hacia ella y la abrace. El niño no logra entender lo que sus amigas le proponen y lo atribuye a una ligereza de sus amiguitas. De pronto se abre la puerta y entra la madre del pequeño. Este recuerda lo que le dijeron las estrellas y, en un arrebatado de fe, logra incorporarse y ¡caminar!, y corre a darle un abrazo a su madre, la cual empieza a llorar y a decir, entrecortadamente: ‘El médico me dijo que... que te curarías, Daniel; pero no me imaginé que sería así..., tan de pronto...’ El niño coloca su dedo anular sobre los labios de la mujer y exclama: ‘¡No fue el médico, mamá; fue Dios..., y sus mensajeras, las estrellas!’

Esta es la historia que yo escribí, niños, y con la cual gané ese concurso. El premio consistía en un diploma, una medalla de oro, una bonita suma de dinero y el honor de representar a nuestro país en un seminario internacional de literatura para niños. Todo sucedió tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de contarles a los Martínez que había ganado el concurso, ni de regalarles una copia del cuento. El rato menos pensado me vi subido en un avión con destino a Buenos Aires y al otro día ya estaba participando en el evento. Debía permanecer solo una semana en la capital argentina, pero unos amigos que hice en la reunión me invitaron a que fuera con ellos a Bahía Blanca, donde permanecí por el lapso de quince días. Al regresar a Quito, lo primero que hice fue llamar a la casa de los Martínez, pero nadie contestaba. Fui a su casa y me cansé de timbrar, sin obtener respuesta. Finalmente me dirigí a la Embajada Argentina y pregunté por el Sargento Daniel Martínez. La funcionaria que me atendió me dijo que había regresado a su país hace más de diez días, atendiendo una orden del gobierno. ‘¿Cuál es su nombre?’ —me preguntó— Y al oír “Santiago Francos”,

me entregó una carta que empecé a leer ahí mismo. El texto decía lo siguiente:

“Querido Santiago:

Órdenes superiores nos obligan a regresar a la Argentina, donde el nuevo gobierno se halla reestructurando las misiones diplomáticas. Llamamos a tu casa para avisarte y despedirnos, pero nos avisaron que habías viajado al exterior. Tan pronto como sepamos a dónde nos destinan esta vez, te escribiremos para enviarte la dirección. Tenemos mucho que contarte, pero lo más importante de todo es que sucedió algo realmente increíble, extraordinario. Tres días antes de nuestro viaje de regreso, ¡Danielito volvió a caminar...! Nuestra felicidad es tan grande, que hasta el día de hoy lloramos de emoción y le agradecemos a Dios por el milagro que nos ha concedido...”

¿Se dan cuenta, niños, de que mi amigo Gabo tenía razón...?

